

Nuevos Sermones y Prédicas

Del Cristo de Elqui

Por Ignacio Valente

A fines de 1977 se publicaron en edición muy restringida los *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*, la novísima creación poética y dramática de Nicanor Parra. Hoy, Ediciones Gaymedes (Valparaíso), vuelve a publicar —suponemos que en tirada mayor— los *Sermones y prédicas...* (en número de XXVII), y en forma simultánea los *Nuevos sermones y prédicas...* (que alcanzan hasta LXIII, es decir, incluyen 36 nuevos poemas).

Como se recordará, el personaje que da su título a ambas obras es un predicador ambulante, tan visionario como extraviado, con algo de fraile mendicante, de canuto, de iluminado, de charlatán —pero de pura cepa católica—. Estos *Nuevos sermones* tienen la misma calidad poética superlativa de los anteriores, quizás con algo más y algo menos. El más: el personaje está mejor definido, y el tono poético formal de sus prédicas, más asentado y regular. El menos: la novedad y espontaneidad de los primeros poemas ha bajado un tanto —como suele ocurrir en las segundas partes—, pero sin perder, en síntesis, intensidad creativa.

Estos nuevos poemas me confirman en la naturaleza profunda de su calidad, más dramática que lírica: ella reside en el carácter ambiguo y polivalente —no unidimensional— del texto, es decir, en la conjunción de planos heterogéneos que realiza, dada la dispersión del personaje: un ser que es muchos hombres a la vez, un imposible lógico, un hablante que se contradice de continuo, pero en su contradicción lógica encuentra su verdad humana, y en ella sus atisbos de la divinidad.

En efecto, el *Cristo de Elqui* posee la fogsidad de un predicador apocalíptico que arrastra multitudes, pero a la vez la gracia ligera del huaso ladino, la ironía involuntaria del hombre del pueblo, incluso el humor a contrapelo del alienado: “Última vez que repito lo mismo/ ruego a todos los niños de Chile/ que no me confundan con el Viejito Paseuero”. Su boca profiere auténticas verdades sobrenaturales, como en la hermosísima prédica XLII sobre la omnipresencia del Espíritu Santo: “La presencia del Espíritu Santo/ se percibe con toda nitidez/ en la mirada de un niño inocente/ en un capullo que está por abrir/ en un pájaro que se balancea sobre una rama”. Pero esta misma boca sabía de arranques místicos se entrega, a la vez, a los más curiosos desvaríos personales y domésticos; así cuando nos ofrece “un consejo de buena voluntad:/ no cortarles las alas a las gallinas”, y defiende esta prohibición con altos y excéntricos motivos teológicos.

Sus consejos morales recuerdan a veces la sabiduría simple y directa de Juan Paulo I en sus admoniciones catequéticas: “Respetemos las luces del tráfico / cuántas desgracias no se producen en nuestro país / por no respetar las luces del tráfico”. Pero, por supuesto, en esas mismas palabras y en su contexto se manifiesta, más allá del parecido, el contraste de un loquito criollo y pintoresco, cuya locura es incluso consciente, y que llega a hacer el más lúcido elo-

gio de su alteración: “La neurosis no es una enfermedad / es una concentración de energía síquica / que debemos saber aprovechar / un neurótico bien administrado / rinde el doble o el triple que un sujeto normal”.

Siempre la misma pluralidad interior. Sus relaciones con la ortodoxia católica, por ejemplo, son esencialmente ambiguas y mudables. A veces raciocina como el teólogo más coherente; así, cuando frente a Feuerbach, Marx, Nietzsche —por supuesto que sin conocerlos— argumenta: “en su locura llegan a decir / que no fue Dios quien nos creó a nosotros / sino nosotros quienes lo creamos a El / estupidez que no merece réplica / como si lo imperfecto / pudiera dar origen a lo perfecto / como si lo finito / dar origen pudiera a lo infinito / como si lo mortal / origen dar pudiera a lo inmortal”. Y a continuación la salida del incrédulo: “Todo puede probarse con la Biblia / por ejemplo que Dios no existe”, “Tienen razón los amigos escépticos / todo puede probarse con la Biblia / es cuestión de saberla barajar”. Para terminar sus prédicas, sin embargo, con la rotunda afirmación de fe: “la Santa Biblia / que es el único libro verdadero / los demás son hermosos pero falsos”.

A ratos, el personaje se lamenta con gemidos de Job, bien que proferidos a la chilena: “para qué crestas me pariría mi madre / ¡qué ganó con parir un desdichado!” Pero esto no le impide afirmar: “Yo soy el hombre más feliz del mundo”. Así es la naturaleza del predicador. He aquí su esencial contradicción, frente a la identidad insondable de Cristo: “el verdadero Cristo es lo que es / en cambio yo qué soy: lo que no soy”. Importa señalar, sin embargo, que no se trata de una simple yuxtaposición de contrarios, sino de una profunda unidad psicológica que se mueve dialécticamente de opuesto en opuesto, lo que da su coherencia interior al poema.

Sus incursiones políticas son igualmente caóticas. Una crítica del socialismo: “pero no vamos a socializar el W.C.”. Humor a costa de Cuba en la “Sección Preguntas y Respuestas”: “—Qué porvenir le ve a la Revolución Cubana / —Caperucita Roja triunfará”. Sin embargo, “yo mismo voto por los comunistas / porque estoy convencido / de que no van tras el interés personal”. Así para concluir en la síntesis personal: “hasta con observar mi vestimenta / para ver que no soy blanco ni rojo / sino tirado para el ultravioleta / que es el color de Nuestro Señor Jesucristo”.

Su curiosa poética: “la poesía debe ser positiva / como la Corporación de Fomento / o los Ferrocarriles del Estado / la libertad de expresión es un mito”. El supremo mito, por supuesto, es el propio *Cristo de Elqui*: un loco cuerdo, un sabio extraviado, un pretexto coherente para decirlo todo, haciendo brotar del caos de la locura un destello de poesía superior, originalísima, única y, por cierto, chilena como ninguna otra.